

KADJA
POR
JULES CLARETIE
Versión española de
ÁNGEL DE LUQUE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE SAN LUIS LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTREY, MEXICO

KADJA

I.

Todos los años, desde que era ya un hombre, Pedro Pomerio, colono de Plerin, pueblecito cercano de Saint-Brieuc, iba á Jersey á hacer la siega y á sacar los cuartos á aquellos anglo-normandos que tienen necesidad de brazos extranjeros para recolectar sus granos y almacenarlos en las granjas. En dos semanas, Pedro Pomerio ganaba allí más que en tres meses en su país, y su madre recogía las monedas y las guardaba, detrás de las ropas, en el cajón del gran lecho-armario.

Pedro tenía ahora unos veintiún años. Forzudo como un luchador de feria, con puños para aterrar á un toro, tenía ojos azules, dulces

como los de una joven. Guapo mozo. Su madre, viuda, que no tenía á nadie más que á él, encontrábale algunas veces en un rincón de la casa, con la nariz metida en los almanaques y sus cabellos negros, derechos como varillas, rozando las páginas. Pedro Pomerio, con su amplio pecho de Hércules, era tímido, tímido como un *kloarek*. Además, amaba las historias, pasaba noches enteras algunas veces en los arenales con un viejo que le contaba las antiguas leyendas, y tan bien lo hacía, que Pomerio, por la noche, tenía miedo viendo los movimientos de los sauces ó los fuegos que flotan como estrellas que danzan en las lagunas.

¿Miedo?... ¡Vamos! Pedro Pomerio no tenía miedo á nada. Llenábase la cabeza sólo de cosas imposibles, de historias en que las hadas sonreían, semidesnudas, con cabellos de oro destrenzados, en el fondo de los transparentes arroyos ó en las marejadas de los acantilados, ó con relatos en que pastores que no tenían más que su zurrón y su honda, encontraban en los parajes floridos, ó acurrucadas entre los juncos, princesas que huían de los malditos encantadores, feroces caballeros, y se casaban con los campesinos cuando los campesinos venían á sus perseguidores. Esto sucedía en los cuentos del viejo; pero Pedro Pomerio sabía

bien que esto no sucedía jamás en el campo; jamás, aunque se refiriese de cuando en cuando la historia, también asombrosa, de una especie de ladrona de Plouha, muy fea, que se había casado en París con un príncipe ruso. ¡Una perdida que había arrastrado sus andrajos por todos los caminos! Después de todo, acaso sería una hada. Pero esto no se sabe.

II.

Por lo demás, mofábase de las hadas, y de los cuentos del viejo, y de todo, por el momento. Pedro Pomerio subía de Jersey con doscientos doce francos en el bolsillo y un hermoso cuchillo de acero inglés de Sheffield, comprado en una cuchillería de King-Street. Un soberbio cuchillo, bueno para abatir un árbol ó degollar un toro. Y con su cuchillo, Pomerio llevaba agujas inglesas para su madre, y un corazón engarzado en plata, de granito de Jersey, rosa y negro, para regalarlo á cualquiera linda muchacha. Porque él quería casarse, por casarse, sin estar enamorado, y, sin haber elegido todavía entre las muchachas de Saint-Brieuc, las *Briochinas*, hermosas criaturas, que le miraban á los ojos como para de-

III.

Aun no habían llegado á los Minquiers, los arrecifes donde se han estrellado durante siglos tantas naves, cuando se alzó el viento, y el barco comenzó á bailar como una cáscara sobre las olas. La mar se iba haciendo muy gruesa. Pedro Pomerio divisaba á lo lejos montañas de espuma que, rompiéndose con un estampido de cañonazo, hacían que los golpes de mar cubriesen de agua el puente, mientras el viento silbaba en las jarcias. Imposible abordar á Binic. El barco, con algo roto por la borrasca, se vió obligado á buscar refugio en Saint-Malo, adonde llegó con un viento terrible.

¡Bueno! Hasta dentro de veinticuatro horas no se podría volver á partir. El tiempo necesario para reparar ciertas averías. Después de todo, ver las Maluinas no era del todo desagradable.

— ¡Saint-Malo vale bien Jersey! — pensaba el bretón.

Tenía por delante bastantes horas hasta el día siguiente; y vagando, vagando por la vieja ciudad, paseábase aquella noche, esperando la hora de ir al café de Dol, en la callejuela de las Ecouffes, muy obscura, donde un maluino le había dicho que podría alojarse. Después de la mala noche anterior, el cielo estaba lleno de estrellas. El mar, á lo lejos, parecía dormido, fatigado por su misma furia. Pedro Pomerio iba y venía mirando el reloj de la catedral, mientras los tambores y las cornetas tocaban retreta en las estrechas calles, y toda la población parecía aletargada; al andar, Pedro no oía más que el ruido de sus tacones golpeando en el empedrado.

Pasó bajo una puerta en cuya bóveda, y colocada en un nicho, veíase una *madonna* blanca, rodeada de velas que lucían detrás de una vidriera. Pedro se inclinó. Llegó al muelle, y á lo lejos danzaban las luces alrededor de una especie de barracón, de donde salía una música que lo atraía.

Aglomerábanse las gentes, empinándose para ver mejor, delante de la barraca hecha de tablas y de lonas, que mostraba un frontón pintado de rojo, donde Pomerio leyó: *Concierto argelino de las sultanas*. Marineros, trabajadores del puerto, pescadores, campesinos, contemplaban con la boca abierta á un hombrecillo delgado y negro como el carbón, que llevaba en la cabeza un fez rojo, y que, con voz aguda y singular acento, gritaba: *¡Entrad, entrad!* á todo el mundo, y prometía sorpresas, danzas de odaliscas, canciones de harem—el paraíso de Mahomet—como decían bañistas de París, que alegremente, como en la fiesta de Saint-Cloud, entraban allí, desdeñando la *Mascotta*, que se representaba en el Casino, allá abajo, detrás de la estatua de Chateaubriand.

Y la voz, el *patois* semi-italiano, semi-levantino, del hombrecillo, lanzaba trompetazos que intrigaban á los mozos bretones:

—Venid, venid á ver la hermosa Kadoudja, Kadja, la hija del emir de Biskra, la más linda muchacha de la Argelia, que tendrá el honor de bailar ante la honorable sociedad la danza de las almeas de Tanger y de las kabilas del desierto!....

Pedro Pomerio no sabía lo que era un emir, y el reclamo del empresario le hacía el efecto

de la jerga que dos días antes oyera en King Street. Pero estos nombres le agradaban, sonaban dulcemente en sus oídos: ¡Kadja, Biskra, el emir, el desierto! Sentía despertarse en él curiosidades, como ante los libros y los cuentos del viejo.

—¡Entrad, adelante, seguid á la gente!

Pedro entró, atravesando por entre una porción de espectadores, y desde detrás de la puerta de tela, después de sentarse en un banco que le designaron, empezó á mirar á todas partes, con los ojos abiertos como platos. Estaba deslumbrado.

Le parecía que había entrado en una de aquellas grutas donde las hadas se reúnen, luciendo sus vistosos trajes, cuyos llamativos colores desaparecen tan pronto como uno se acerca á ellos.

Allí, sobre una especie de tablado de escenario muy estrecho, alumbrado por quinqués ahumados y sucios, dos mujeres y un hombre vestidos á la oriental permanecían inmóviles, fijando sus fatigadas miradas en aquel público abigarrado y extrambótico, donde los campesinos de Ille-et-Vilaine se codeaban con los parisienses de sombrero gacho y los paseantes de los bulevards en traje de verano.

Un músico, con un turbante en la cabeza,

esperaba paciente y soñoliento, delante de un piano viejo, á que llegara el momento de empezar la representación, y mientras tanto, los espectadores, á quienes la animación y la alegría les rebosaba por el cuerpo, miraban curiosos á los tres individuos á quien antes aludimos, que se hallaban sentados en almohadones árabes y vestidos con túnicas bordadas.

Una de las dos mujeres, baja, gorda, envuelta en faralares argelinos, dejaba caer la carne de su barba sobre el pecho y paseaba lentamente de un extremo á otro de la barraca sus grandes ojazos de rumiante. El hombre, un negrazo enorme del Sudán, vestido completamente de blanco, se reía sin hacer ruido, enseñando sus apretados dientes por entre dos carnosos labios que parecían los de un hipopótamo, y entre aquellas dos criaturas, de aspecto embrutecido la una, la otra de aspecto salvaje, como anonadada bajo el peso de la gran masa de carne de la mujer, aparecía una muchacha bellísima, morena, con ojos admirables sombreados por largas pestañas, con labios rojos, que contrastaban con la palidez mate de su semblante. Sus cabellos sueltos sobre la espalda parecían madejas de seda negra, que contribuían á que resaltase más la belleza del rostro, y se apartaban á un lado y á

otro por delante, como para que pudiese verse, gracias á lo descotado de su túnica, un seno aún no bien formado, como el seno de una virgen.

¡Ah! Aquella criatura adorable, Kadja, la hija del emir, había sido vista por Pedro Pome-rio desde el primer momento de su entrada, y fijaba en ella sus ojos, ojos de loco, de donde, por efecto de la luz artificial, parecía que se desprendían destellos azulados.

Allí estaba, inmóvil, con la cabeza descu- bierta, inclinado hacia adelante, con las ma- nos apoyadas sobre las rodillas, y envolviendo á la bellísima saltimbanqui en una mirada fija y ardiente.

El joven se comía con los ojos á Kadja, desde los pies á la cabeza, desde sus hermosos cabellos negros á sus diminutos pies, calzados con media blanca, y metidos en unas babu- chas coloradas con bordados de oro. Ella, por su parte, parecía haber visto entre el nume- roso público que tenía delante á aquel buen mozo, y poco á poco había ido volviendo su cabecita árabe hacia él, como para mirarlo mejor.

Era hermosa, hermosísima, aquella Kadja, bella como las visiones que se tienen en sue- ño, hermosa como el hada de Saint-Cast, con su corona de plantas marinas en la cabeza,

y Pedro no veía á nadie ni nada más que ella, y se acordaba de los cuentos que le había oído al viejo Yan, acompañados siempre de aquel estribillo:

—Es necesario no familiarizarse con las hadas, porque le traen á uno desgracias sin cuento.